

seguía en el siglo XVIII, como se ve por el entremés del *Indiano embustero*, en que cuenta mil mentiras, asunto que ya antes había tratado el entremesista D. Francisco Bernardo de Quirós en el titulado *El cuero*.

Uno de los más curiosos ejemplares es el indiano del entremés de Villaviciosa, *La casa de vecindad* (1659), en que tenía ajustado su criado por *piezas*, es decir, por labores, como eran: sacar agua del pozo, á ochavo por caldero; barrer la escalera, un cuarto; barrer la casa, dos cuartos; limpiar la ropa, un cuarto; pero cuando el criado quería entrar en funciones, le decía que no había necesidad.

Letrado. Casi siempre es tipo de bobo viejo fácil de engañar con historias y consultas desatinadas. Figura por lo regular sólo en esta clase de entremeses ó en consultas injustas como en el entremés de *El perro*.

Marido. El marido, en los entremeses, tiene dos principales variedades:

1.º Marido aldeano ó artesano, tonto de capirote, con malicia muy burda. Dice mil ultrajes á su mujer, nacidos de sospechas, alguna vez sin fundamento; pero se deja embucar del modo más grosero, ya por ella, que le deslumbra con extrañas visiones, ó por los galanes que le hacen creyente de los mayores absurdos.

2.º El marido de ciudad, urbano, razonable, pero desesperado por alguna extraña manía de su mujer: bien sea por su ansia de galas y adornos, ó por ser callejera, celosa, malhumorada, etc.

Médico. Se les moteja de ignorantes, entrometidos y amigos del dinero. Cruelles é indiferentes con los enfermos.

El médico, de Quevedo, ridiculiza su lenguaje y osadía.

El doctor preséntalo como avariento, audaz, ignorante y ostentoso. Dice:

Donde entro, queda arrasada
la casa con mis recetas;
tomo el pulso á las pesetas,
y al enfermo derrotando,
cuando con dos mulas ando
le hago andar con dos muletas.

Se ridiculiza su ciencia y lenguaje en *La visita graciosa*, *El médico y el enfermo* y otros varios.

A veces se les convierte en víctimas de burlas en consultas desatinadas, como en *La mula*, de Cáncer, y otros de este mismo asunto, y con el fin de robarle al médico su mula.

Montañeses. Entran muchas veces, siempre en caricatura, ó por lo menos muy exagerados. Sus cualidades son preciarse de hi-

dalgos, ejecutoria siempre en ristre; miserables y tacaños, sucios, distraídos en todo lo que no atañe á su manía.

Uno de los más típicos es *El montañés en la corte*, baile anónimo:

Sin camisa vengo á ti,
no por falta de misterio,
sino porque no se diga
que entró cargado de lienzo
un montañés en la corte
y le tengan por gallego.

Y luego le dice á su criado, que le pide el salario y no quiere servirle:

MONT. Yo jamás comí gallina.

GALL. Siendo montañés, lo creo.
Quédese usted con los diabros.

Y la graciosa:

¿Qué me feriará?

MONT. Un vínculo á quien tan sólo
carne y tocino le falta,
que la Montaña no rinde
sino nabos y castañas.

Negros. Figuran principalmente para formar danzas y bailes, como en el número 32 (*Los negros de Santo Tomé*). A veces interviene de otro modo: como hablador, *El negrito hablador y sin color anda la niña*, muy gracioso.

Hablan un lenguaje característico, de que ya da muestras Lope de Rueda en dos negras que saca en sus comedias y pasos.

Se vestían con unos bonetes y traje ligero.

Padres y hermanos. Son figuras ridículas en el entremés, y ambas parodias de su papel en las comedias serias.

El padre vejete enfermizo, quejón, cobarde, suspicaz, avaro y medroso. Sufre continuos desacatos y desprecios de sus hijas, que es con las que de ordinario contiende para guardarlas y vigilarlas, hasta que al fin se le huyen con el galán en sus propios ojos.

El hermano, celoso, tonto irremediable, también grotesco, aunque más alentado, acaba por ser engañado y escarnecido por los galanes de sus hermanas ó víctimas de algún enredo de estas mismas. (Véase *Bobo*.)

Pajes. Están hambrientos, y son siempre golosos, embusteros y burlones (véase entremés de *Los buñuelos*). No está mal pintado en el entremés de *La tragedia del sargento*:

SARG. ¿Quién sois vos, trasgo, duende ó diablo?

PAJE. Paje soy...

SARG. Eso es lo mismo.

PAJE. Que enredo en las antesalas,
alboroto en el tinelo,
empuero todos los cuartos,
en la mesa gulosmeo;
y por veros, por hablaros,
volando, corriendo, andando

hasta aquesta parte vengo,
para hallaros y deciros
que sois un gran majadero. (*Vase.*)

En Carnaval se divertían en llenar de harina y poner mazas á las visitas de sus amos.

Los primeros petimetres. En el entremés *La oposición á las bodas* (1739) se dice:

No lo son; mas quien ve á los *petimetres*
muy empolvorados los caletres,
espárragos de cerda á proa y á popa
que andan de besamanos á la sopa,
con sonsonete en paso de andadura,
¿para qué necesita más figura?

Las primeras majas. En el mismo entremés:

Es verdad; mas quien ve á las buenas *majas*
á manera de cubas ó tinajas,
ballenazas en faldas y cotilla,
¿para qué ha menester más gigantilla?

Como se ve, la figura de las *majas* cambió pronto radicalmente, ó el nombre se aplicó á otra clase de mujeres.

Portugués. Este tipo es fijo: siempre el mismo. Todos los entremesistas le dan igual carácter: el que también le atribúan los novelistas y los autores de comedias.

Es altivo, palabrero, valiente de verdad unas veces (las menos) y otras bravucón solamente, músico y dado á cantar, enamorado incorregible: éste es su rasgo más acentuado.

Sus ordinarias exclamaciones eran (*La guardia del sargento*):

¡Pur á pala da Furneira,
que si á folla á empuñar chego,
que de una cutilada
os vote ate o inferno;
bisvilloteiro, patife,
vilan, roin!...

Uno de los entremeses en que mejor caracterizados están los defectos de esta raza, mezcla de andaluz y de gallego, es en el titulado *El portugués*, de Cáncer. Cuando en una venta salen los huéspedes á solazarse una noche de calor á un patio é irritan al portugués, sale diciendo:

PORT. Tiray ó chapeo e calay.
—¿Hóspeda: ovis? ¿Habrá acaso
alguna serpe con queim
posa brigar un rato?
Porque revento de forte.
No faltará.

HUÉSP. Ollay que mando
que seja serpe. ¿Entendéis?
Porque leois, eso e
como botarme gazapos.

Dice luego la huéspeda:

Dejemos antigüedades.
Hablad de pendencias algo
porque salte el portugués.

1.º ¿Han sabido aqueste caso
que ayer sucedió?

PORT. Y ¿qué foy?

1.º Salieron desafiados
dos hombres; y el uno al otro
se mataron en el campo.
Y encomendándose á Dios
resucitaron entrambos.

PORT. Señor, ¿qué mortes son istas
que facen os castejaos?
¡Cátao morto, cátao vivo!
¿Hasta oje ha resucitado
morto de home portugués?

1.º ¿Pues no veis que fué milagro?

PORT. ¡Oh, señor, que no va en iso!

1.º ¿En qué?

PORT. En que no apretan a mao.
Isto é jogo de mininos.

Como músico, dice en *La junta de doctores*:

Una noite á la Porta de la Vega
pasmó la gente de escuitarme cega;
á las mis gorgoriñas celestiales
vieron los pedernales
elevados, sedientos,
feitos almíbar todos os cimientos,
dejando los encajes
se fundió la muralla de los pajes.

A veces le hacen víctima de alguna burla seria, como en el que lleva el propio nombre de *El portugués*, en que una dama madrileña cita á uno de éstos, muy presumido, para que entre por la noche en su casa, y haciendo que sobrevenga la justicia (son dos amigos de ella disfrazados de alguaciles) á sorprenderlos, maltratando y sacando dinero al confiado hijo de Viriato.

Sacristán. Es el personaje que más abunda en los entremeses. Puede suponerse que representa mitigado el personaje clérigo ó fraile de los cuentos de la Edad Media y de las farsas italianas, españolas, portuguesas y francesas del siglo XVI. En España no se hubiera tolerado presentar un sacerdote ó un conventual enamorado de todas las mujeres solteras y casadas, chancero, burlón y á veces pendenciero.

Rasgo particular del carácter es su casi continua fortuna con las mujeres. Ya en *La guarda cuidadosa*, de Cervantes, vence al soldado; y en los entremeses sucesivos, á soldados, barberos, boticarios y hasta á los hidalgos. Es el Adonis preferido de las mujeres.

En la realidad, el tipo debía de tener algo del carácter que le dan los entremeses.

La tradición de ser los sacristanes calaveras, era ya antigua. En *La danza de la muerte* (pág. 385 de la edición de Rivadeneira) le dice ésta:

Don sacristanejo de mala picanna
ya non tenés tiempo de saltar paredes,
nin de andar de noche con los de la canna
faciendo las obras que vos bien sabedes.

Andar á rondar vos ya non podredes
nin presentar joyas á vuestra sennora,
si bien vos quere quitevos agora.
—Venit vos, rabí, acá meldaredes.

Casi siempre favorecido de la mujer casada: (*El alcalde Garrotillo, El cochino de San Antón, Los degollados*) y preferido de la joven hija del vejete, sus amigos le traen á su casa en un *arca* (entremés de este título); se llama Garulla. En *Los cestos colgados*, entremés de fines del XVII, su dama le deja colgado de la ventana de su cuarto, metido en un cesto, como el Virgilio de la Edad Media.

En *Daca mi mujer* (1644) es galán, preferido de la joven, y aunque le rechaza el padre, acaba por darle su hija, porque le persigue con las palabras del título en toda ocasión y metiéndose por todas partes. Aun competidor con el alcalde (*Juan Rana*) es preferido (véase *Los dos Juan Rana*, 1675).

La misma pugna y competencia entre el sacristán y el soldado que hay en *La guarda cuidadosa*, de Cervantes, sigue todo el siglo, y aun en el XVIII persiste en el entremés de *Las figuras de mármol*.

En el entremés *El sacristán hechicero* (impreso en 1680 y 1718) dice:

DAMA. ¿Y el sacristán?

JUANA. Deshonra de galanes.
¡Que pongás tu cariño en sacristanes,
que ni dejan provecho ni dan fama!

DAMA. A un sacristán le tiene cualquier dama.

En algunos entremeses ya el mismo autor se ríe de lo gastado del recurso del sacristán y la mujer del bobo, que solía llamarse Quiteria, así como de la falta de moralidad del tal argumento. El entremés de *Los locos* empieza así:

QUIT. Quitese allá.

SACRIS. Quiteria, más hermosa
que la fragante y purpúrea rosa.
¿Por qué de ver te espantas
que el sacristán Juanazo esté á tus plantas,
si hoy saben ya que damas y galanes
Quiterias han de ser y sacristanes?

QUIT. No de verte me espanto,
sino de ver que se me atreva á tanto,
que por mis puertas se entre con el día.
¿No esperara á las diez? ¡Ay, honra mía!

SACRIS. Pues á las diez, ¿no hay honra?

QUIT. No, menguado.

Quirós, en el entremés de *Los sacristanes burlados*, dice que

sacristanes muy enamorados
están para los *Corpus* vinculados.

Sobre lo convencional de este tipo de entremés dice Quiñones de Benavente en el suyo *Los sacristanes burlados*, pág. 617:

TARAV. Oigan, oigan, ¿conmigo tan valiente,
sacristán de los *autos* solamente?

Pues sois de tabla en días semejantes,
tarascas, sacristanes y gigantes,
y el autor te sustenta doce meses.
¡Vive Cristo! ¡si arranco de aquí un necio
que se le he de tirar por menosprecio!

Valiente. No se le fustiga cuando es valiente de verdad.

A veces (*Amantes á oscuras*) finge ser militar, y aun se llama capitán.

Esto de darle carácter militar, aunque sea al valentón cobarde, es peculiar del siglo XVIII, como se ve en *El capitán Don Samuel*; este tipo debió de ser importado por los *trufaldines* italianos.

El *Alcolea*, de Moreto, es todo él pintura incomparable de este carácter.

La manera de hablar de estos guapos ridiculiza muy bien D. Sebastián de Villaviciosa en su entremés *El licenciado Truchón*, donde dice:

GODOY. Dios sea aquí, *camajarada*.
Si han de *bajilar jestas jembras*,
tóquense las *guitajarras*
y vamos *jaciendo jacienda*.

OSORIO. Aunque se case el Valiente
nunca tendrá hijas pequeñas,
que todas serán *hijotas*.
¿Quién es hombre de tal flema?

En el entremés *Del licenciado Moclín* (mediados del XVII) le describe así:

INÉS. Pues yo muy bien me hallo con los hombres.
¿Hay cosa como ver entrar en casa
un mozo ahigadado y bigotudo,
con sombrero valón, calzón embudo,
puntiagudo zapato, que pudiera
echalle por el riesgo una contera;
diciendo:—¿Qué hace ella?... ¿qué quiere ella?
¡Por Cristo!... Y abreviando de razones,
pegar á una mujer dos mojicones,
andar el puntillazo á sangre y fuego,
bañalla en sangre y ser amigos luego?

En el entremés *Del para todo* se enseña á ser valiente, diciendo:

Rota esa capa por el espinazo
y asomada la daga, corvo el brazo,
empine la contera, tuerza el gesto;
este sombrero gacho es para esto (*Tose*);
tosa recio; veamos: lindamente;
ya la acción le ha entrado de valiente.

El feo aspecto de rufián lo declara con exceso el valiente del baile entremesado de *la Venida de Caramanchel á Madrid*:

(*Salen el Valiente y Catuja.*)

VALIENTE. Dígame, seora Catuja:
¿Por qué ha dado en esa tema,
si sabe que de dos chirlos
hago no charlen las hembras?

CATUJA. Es porque ya estoy tupida
de su bravata y fiereza,
cuando me paga con flores
lo que en otra flor me lleva.

VALIENTE. Ello no tiene remedio.
Vuacé ve la poca renta:
el almorzar no se excusa,

el comer no tiene dieta,
el cenar no se suspende,
el vestido no da espera,
ni el gastar con los amigos,
la casa es deuda casera.
Oficio no le aprendí;
su hermosura no es pequeña,
aunque ya se va acabando
(como ha mucho que anda en feria).
Madrid es capa de todo;
mil guapos la galantean;
si no he de cansarla mucho,
saque ucé la consecuencia.
Dígame el señor rufián:
lo que ha que está por mi cuenta,
¿tanto el comer le ha faltado?

CATUJA.

lo que ha que está por mi cuenta,
¿tanto el comer le ha faltado?

VALIENTE. Con el hambre no hago treguas.

En *El baile del reloj de música* (1713) dice un estudiante:

Llego á hablarla; pero ¡zape!,
que un guapo de estos que visten
casaquilla y calzón de ante,
al canto viene siguiendo
la solfa de sus compases.

Su modo de expresarse era muy semejante al del siglo anterior y con ciertas frases contundentes, como el antiguo «no digo más»:

Desde que vi tu donaire,
chiquilla mía, está un hombre
rebotando mil agraces.
Esto es cierto: yo te quiero;
santas Pascuas, y adelante.

Venteros. Los mismos caracteres que en las novelas. Ladrones, falsarios, cobardes, avaros y muy solícitos con los malhechores, cuadrilleros de la Santa Hermandad ó familiares del Santo Oficio.

Bueno en el entremés de *La venta*, de Quevedo, y nada inferior en el de *Los coches de Sevilla*.

Vizconde. Este tipo no aparece hasta fines del XVII y primeros años del siguiente. En él acumularon los entremesistas cuanto de ridículo tenían los antiguos hidalgos. Es pobre, vanidoso, sucio y mal vestido, hambriento, y sin embargo, persiguiendo mozas de todas clases con lenguaje campanudo y metáforas de cielos, astros, flores y mares. Ninguna le hace caso, antes le burlan y escarnecen sin piedad, y los hombres le desprecian en correspondencia del desprecio que él manifiesta á todo el que no tiene ejecutoria.

9.—ESTILO, LENGUAJE Y VERSIFICACIÓN DE LOS ENTREMESES.—SU MUERTE.—ACTORES QUE LOS REPRESENTARON.—BIOGRAFÍA DE JUAN RANA.

El estilo en los entremeses es muy diverso según los autores y época en que se compusieron. Cuando los escriben buenos

poetas el estilo es noble y literario, sin dejar de ser adecuado á los asuntos y personas que intervienen.

A fines del siglo XVII participan del general prosaísmo que se había infiltrado en nuestras letras. Comienzan los asuntos vulgares ó triviales, frases y giros plebeyos, equívocos sucios y groseros, alusiones á las cosas y operaciones más viles de la vida ordinaria, dolencias repugnantes é instintos bestiales.

Modelos de este género de entremés pueden considerarse los del *Mico, El médico, La morcilla, El parto de Juan Rana, El cochino* y *El puerco de San Antón, El trulló*, tan famoso, que luego sirvió de nombre común ó genérico de toda clase de entremés poco decente; la refundición del *Alcalde de Mairena, Juan de Aprieta, El batán* y otros que irán saliendo en el *Catálogo general*.

El lenguaje es también diferente, no ya según los autores y los tiempos, sino según el asunto de cada pieza y los personajes que entran en ella.

Los franceses hablan, como hemos visto, italiano, aun en los mejores escritores, como Vélez de Guevara, Cáncer, Calderón, Avellaneda, Montaner, etc. Sólo muy á fines de siglo y principios del XVIII chapurrean regularmente.

Los escolares, sacristanes, médicos y letrados empiedran sus discursos con textos, apotegmas y sentencias latinas; y en la última época, cuando el idioma era menos común, el macarronismo adopta formas muy groseras.

El vocabulario es abundante en lo relativo á usos y costumbres, oficios y en lo rufianesco. En el *Loco cascabelero* hay un verdadero diccionario de insultos que se prodigan un estudiante y una gorróna. Otro tanto sucede en el entremés de *Los apodos*, de D. Antonio de Zamora.

Fuera de esto, el lenguaje de los entremeses es también muy estimable por el gran número de frases y giros populares de sabor y origen castizo, y por la aplicación en sentido figurado ó extensivo de muchos vocablos. En esto constituirán en adelante una verdadera mina filológica cuando sean mejor conocidos y estudiados.

La forma artística de los entremeses fué la prosa en los más antiguos. Era la predominante, aun en tiempo de Cervantes, como se ve por los de este gran autor. Merced, sobre todo, al impulso que les dió Luis Quiñones de Benavente, quedó luego establecida la manera rimada. Pero no emplearon los poetas todos metros comunes á las co-

medias, especialmente los más nobles, como las octavas reales, los sonetos (excepto en los burlescos, de parodia ó de terminaciones jocosas en *az, oz, uz* ó sus semejantes). Tampoco abundan las décimas ni aun las quintillas; pero sí las redondillas, y como es de suponer, por ser el más popular el romance octosílabo.

Una clase de rima peculiar de los entremeses son los endecasílabos pareados, alternando con versos de siete sílabas y dejando suelto alguno que otro de ambas medidas. Esta manera de rimar, más común en los entremeses de la segunda mitad del siglo XVII, fué usada también antes como se puede ver en los entremeses impresos en 1635, titulados *El estudiante, Las viudas*, que principian:

Holgaréme que trates de venganza,
Carrizo, por la parte que me alcanza.

(Pág. 181 de este tomo.)

Mire, señor galán; yo bien le quiero,
mas está muy lampiño de dinero...

(Pág. 187.)

Y aun Quiñones de Benavente empleó muchas veces estos pareados. El entremés del *Talego* principia:

Picaronas, ladronas, embusteras,
esponjas de las tristes faltriqueras...

(Pág. 509.)

El de *Turrada* (pág. 534):

Vaya vusted con Dios, señor Turrada,
que ya nuestra amistad está acabada...

Y en *El Retablo de las Maravillas* (página 569).

Mentís como borracho, y lleváis talle
de que os haga subir toda una calle...

La frase «acabar en palos como entremés» nació de que no teniendo unidad ni asunto estas piecicillas, sino que constituían una serie de episodios desligados á veces y otras sin más relación que las que les daba el carácter del personaje principal de ellas, podían á voluntad del autor dilatarse ó reducirse, llegando el momento de que no sabiendo cómo darle fin, cuando ya había durado bastante, fingía una disputa, que ya venía preparada desde el comienzo, y á consecuencia de ella salían golpeándose los actores. Esta característica era ya propia de los *exodia* romanos.

Como los golpes que se daban habían de ser también, no reales, sino imitados, crearon ó adoptaron los cómicos un instrumento, especie de látigo, llamado *matapecados* (á veces se usa en singular), que hecho con

materia liviana, aunque sonora, causaba más ruido que daño. La primera mención que recordamos de él (pues es vocablo omitido por los diccionarios), hállese en el entremés del *Enamoradizo* (pág. 631 de este tomo), donde dice: «Se aporrean con vejigas ó *matapecados* de pergamino¹». En el entremés de *La mamola*, que es ó parece del siglo XVI (pág. 72), le llama *castigapecados*. Quizá sería *arma* de los disciplinantes.

Después de haber divertido al pueblo español por espacio de dos siglos, acabaron los entremeses, cuando olvidados los buenos, por referirse á costumbres desaparecidas ó transformadas, sólo resistieron aquellos en que el asunto por su naturaleza popular y de costumbres comunes, aunque groseras, puede decirse que corresponden á todas las épocas.

Don Vicente García de la Huerta dice en el prólogo de la breve colección de los suyos, impresos en 1786, haber elegido los que le parecieron mejores en los antiguos que se habían representado en Madrid «hasta estos últimos años en que estas representaciones han cesado por razones que desconozco».

Las razones fueron las que al empezar la temporada cómica de 1780 expusieron al Consejo los dos *autores* de compañías, Juan Ponce y Manuel Martínez, contra lo indecoroso de aquella clase de entremeses que llaman de *Trullo*, y pidieron fuesen suprimidos, fundando su petición en la experiencia de que «aun al pueblo bajo disgustaban. Que esta misma experiencia había hecho ver á todos los empresarios y autores de los demás teatros de España lo inútil que era ya semejante clase de piezas, por cuya razón las habían suprimido, cantando sólo la tonadilla en el primer intermedio, y habían logrado tener más contenta la gente, ahorrarse gastos y que las funciones no fuesen tan dilatadas, siendo censurados por estas razones de todos los que concurrían de fuera de España; pues siendo sus teatros civilizados en esta parte, extrañaban no lo estuviesen los de Madrid».

Por todo ello querían que desde el principio de la próxima temporada de invierno *no se representasen entremeses y sólo se cantase la tonadilla en el primer intermedio*²,

¹ También el del *Boticario* (p. 761) acaba: «Salen dos figurillas y aporrean con *matapecados* al Vejete y da fin el entremés.»

² Recuérdese que éste era el lugar del entremés desde principios del siglo XVII. Pero, como entonces ya no se hacían *bailes* en el segundo intermedio, sino el *sainete*, que era un segundo entremés, también resultaba pesada y redundante esta duplicación de piezas del mismo género. E

siguiendo el método que en las funciones de verano, con la diferencia de cantarse dos tonadillas y hacer su sainete después de la segunda jornada, como era ya práctica. «Y se acordó, *se quiten y supriman los entremeses comunes y cartilleros* desde el principio de esta temporada; y prevéngase á los *autores* presenten una lista de los mejores, antiguos y nuevos, que puedan conservarse y sean de alguna utilidad en los teatros, proponiendo las temporadas en que se puedan ejecutar, separando del todo los que sean indecentes; y se anunciará al público después de la *loa* el primer día de la representación; de lo que se dé aviso á los señores comisarios y á los *autores*» (*Archivo municipal de Madrid*: 2-460-15).

Ahora, para terminar, deberíamos incluir noticias biográficas de los intérpretes que tuvieron estos graciosos dramitas. Pero como esto daría extensión desproporcionada á este prólogo, nos limitaremos á citar los nombres de las *graciosas* y *graciosos*¹ que hubo en España desde 1590 á 1750, debiendo advertir que hasta 1630 son escasas las noticias que hay de toda suerte de representaciones; y en cuanto á actores, han sobrevivido los famosos como *primeras damas* y *primeros galanes* más bien que los de otras clases. Pero desde 1650 es ya casi seguida la serie.

Graciosas: María de los Angeles, Juana Vázquez, Catalina de Valcázar, *la Baltasara*, Dorotea de Sierra (m. 1638), Josefa Lobaco (m. 1646), Ana María de Peralta (*la Bezona*: vivía en 1660), María de Heredia (m. 1654), Antonia Infante, María Román y Josefa Román (m. 1652), María de Valcázar, Rufina Justa (murió muy anciana en 1668), Antonia de Santiago, Manuela y Josefa Mazana (m. 1668 y 1646 respectivamente), Bernarda Ramírez (m. 1662), Manuela de Escamilla (representó más de cincuenta años, muriendo en 1721), Mariana de Borja, María Jacinta (*la Bolichera*, por la comedia de Calderón *El alcalde de Zalamea*), Francisca Bezón (m. 1703), Micaela Fernández Bravo, Polonia Vaquedano, Bernarda Manuela (*la Grifona*, m. 1686), Isabel de Gálvez (murió joven en 1660),

sainete no podía suprimirse porque era el entremés de actualidad, y, por tanto, de gusto para todos: la de perder y salir le tocaba, pues, al entremés ya anticuado y muchas veces no inteligible.

¹ En casi todos los entremeses hay dos papeles principales: el de la mujer joven y el de un hombre que á veces es joven y otras un vejete ridículo. Ambos papeles hacían la tercera dama de la compañía, que era la *graciosa*, y hacía también las criadas de la comedia, y el *gracioso*, que representaba los lacayos de la comedia é indistintamente el primer papel en los entremeses. Cuando había dos solía encomendarse el otro al segundo gracioso, que en términos de teatro llamaban *vejete*.

Juliana Candado (m. 1669), Ana de Dios, Luisa Romero (m. 1671), Sebastiana y Luisa Fernández (hermanas), Antonia Manuela (*la Pajaritos*), Juana de Salas (*la Cornetilla*, m. 1659), Josefa López (*Pepa la Hermosa*), Josefa de Salazar, Josefa de San Miguel, Bárbara Coronel, María de Cisneros, Ana de Andrade, Andrea de Salazar, Margarita de Escobar, Teresa de Robles, Francisca de Monroy (*la Guacamaya*), Casilda María (*la Titiritera*), María de Medina, Margarita Ruano, Paula María de Rojas, Ana de la Rosa, Manuela de Zabala, Francisca Fernández (*La Bohorques*), Beatriz Rodríguez, Paula de Olmedo, Antonia de Montiel (*la Montiel*), Manuela de la Cueva, Manuela de Labaña, Faustina de Robles, Petronila Gibaja (*la Portuguesa*: después hizo, como otras, *damas*), Francisca de Borja, Francisca de Castro, María de San Miguel, Rita de Orozco, Rosa Rodríguez (*la Galleguita*), María Luisa de Chaves (*la Zoronguita*), Isabel Vela, Antonia de Fuentes, Catalina Miguel Pacheco (*la Catuja*) y Ana Guerrero.

Graciosos: Alonso de Cisneros, Angulo (Cervantes: *Col. de los Perros*), Agustín Solano, Miguel Ruiz, Diego López Basurto, Baltasar Osorio, Antonio Rodríguez (murió en 1634), Pedro García de Salinas, Pedro de Valcázar (m. 1653), Tomás Fernández Cabredo (m. 1639), Felipe Lobato, Bernardo de Medrano (m. 1647), Juan Bezón (murió 1660), Frutos Bravo (m. 1644), Tomás Enríquez (*el Romo*: m. 1657), Diego de Mencos, Francisco Treviño, Manuel Coca de los Reyes (m. 1658), Jerónimo de Heredia, Juan de Navia (m. 1642), Jaime Salvador, Antonio Marín (m. 1654), Diego Osorio, Bernardo López del Campo (*Lamparilla*), Manuel Vallejo, Antonio de Escamilla, Simón Aguado, Juan de Castro Salazar, Hipólito de Olmedo, José Verdugo de la Cuesta, Matías de Castro (*Alcaparrilla*), Carlos de Villavicencio (*el Chambergo*), Jerónimo García, Juan de España, Manuel de Labaña, Vicente Camacho, Francisco de Castro (*Farruco*), Salvador de la Calle, Francisco Rico, Francisco de Londoño, Antonio Vela, Juan de Castro (el 2.º), Ignacio Cerquera (autor de entremeses), Félix Ramírez, Francisco Nerey, Francisco Rubert (*Franchito*), Cristóbal Palomino y Salvador de Torres.

Biografía de Juan Rana.

Pero no cerraremos esta lista sin decir algo acerca del más famoso de todos, el que compendia y resume todo el género, para

quien se escribieron más de cuarenta entremeses de los que han llegado á nosotros; del saladísimo *Juan Rana*, asombro y admiración de cuantos le vieron y oyeron, aun de personas graves como el obispo D. Juan Caramuel.

Su verdadero nombre era Cosme Pérez y nació, acaso en Madrid (pues esto no lo sabemos), al expirar el siglo XVI, porque en 1617 pertenecía ya á la compañía de Juan Bautista Valenciano y tomó parte en la representación de la comedia de Lope de Vega *El desdén vengado*, compuesta en aquel año, haciendo el papel de Leonardo. Seguía con los Valencianos en el de 1622, pues con ellos estrenó otra comedia de Lope titulada *La nueva victoria de Don Gonzalo de Córdoba*, en el personaje del capitán Medrano. Obsérvese que ninguno de estos papeles es jocoso y, por tanto, que su vocación no estaba aún resuelta.

En 1624 le hallamos en la compañía que en 18 de Marzo formó Antonio de Prado, célebre autor de compañías, para representar en Madrid y los autos; pero no se declara qué parte había de desempeñar.

En 1631 entró en la cofradía de la Novena, con su mujer María de Acosta y su hija Francisca María Pérez, hallándose en la compañía de Tomás Fernández Cabredo.

Tres años más tarde seguía con el mismo Cabredo, y como éste hacía los graciosos, es de creer que Cosme Pérez tuviese á su cargo otro papel distinto, ó bien le supliría en los que no ejecutase. Era persona de confianza del autor, que le envió á Madrid con la limosna ordinaria que todos los jefes de compañías hacían anualmente á la Cofradía de la Novena (*Arch. de la misma*, leg. 1.º, carpeta 17). Al año siguiente repite la limosna.

Al lado de tan excelente maestro habrá podido formarse actor cómico nuestra *Juan Rana*, porque al reunir en 15 de Febrero de 1636, el después célebre autor Pedro de la Rosa, su primera compañía, eligió á «Cosme Pérez para representar la parte principal de la graciosidad, ganando 10 reales de ración y 20 por cada representación; 50 ducados por la fiesta del *Corpus* y tres caballerías para los viajes». (P. PASTOR: *Nuev. Dat.*, pág. 245.)

En 18 de Septiembre de 1634, murió en la calle del Niño (donde vivía) un hijo suyo, que debía de ser de muy corta edad, pues no fué incluído en los cofrades de la Novena en 1631 (*Archivo parroquial de S. Sebastián*). Y probablemente antes había ya quedado viudo Cosme Pérez, pues aunque las «honras de la mujer de *Juan Rana*»

las pone el libro de cuentas de la Cofradía de la Novena en el descargo del año 1636, esta partida está incluída entre las de honras de Jerónimo de Aguilar, Catalina de Quesada y un niño de Cucarella, todos los cuales fallecieron, según los libros de difuntos de la parroquia de San Sebastián, en 1632.

El sobrenombre con que le hemos designado era el ya suyo, famoso en el referido año de 1636; pues, mezclándole en un asunto de mala especie, aunque con harta ligereza, habla de él el autor de las noticias de Madrid, impresas por D. Antonio Rodríguez Villa, con el título de *La corte y la monarquía de España* en 1636 y 1637 (Madrid, 1686, pág. 68), diciendo: «A Don Nicolás, el paje del conde de Castillo, vemos que anda por la calle, y á *Juan Rana*, famoso representante, han soldado.» Esta carta refiere nuevas de 22 á 29 de Noviembre del año 1636.

Uno de los temas de concurso en la Academia burlesca celebrada en el Buen Retiro en el Carnaval de 1637, fué que «doce redondillas digan la razón por qué las beatas no tienen unto, y si basta la opinión del *Doctor Juan Rana* para que se crea».

El entremés de Quiñones de Benavente, *El doctor Juan Rana*, á que parece referirse, no habla del unto de las beatas. Será otro que hubiese compuesto en el mismo año, pues éste también es de 1636. De todas suertes en el certamen disputaron el premio el mismo Benavente, que lo obtuvo, y Juan Navarro de Espinosa, á quien otorgaron el segundo.

«Al licenciado Luis de Benavente» (que ya era sacerdote). Su poesía empieza:

Juan Rana, insigne doctor,
altercando cierto punto,
dijo que no tenían unto
las beatas del Señor.

Desde esta fecha no faltó de la compañía de Pedro de la Rosa, acompañándole en sus excursiones á provincias, como en 1639 en que estuvieron en Málaga y Sevilla. (SÁNCHEZ ARJONA: *An. del teatro en Sev.*, página 327.)

En 1641 volvió á Madrid antes que su autor, de quien trajo á la Cofradía de la Novena la limosna ordinaria, y en el mismo año fué por encargo de la cofradía á ordenar lo relativo á unos enterramientos que para cómicos había dejado el antiguo actor Rodrigo de Saavedra. (Todo ello consta en el libro de cuentas de la cofradía, leg. 1.º, carp. 27.)

Al siguiente año en que Pedro de la Rosa había pasado la primera parte de él en Va-

lencia, trajo Cosme Pérez la limosna. Y ambos hicieron los autos en Madrid. En la lista que Pedro de la Rosa presentó á los comisarios y en que obedeciendo á recientes órdenes del Consejo, debía expresar el estado de cada uno, dice: «*Juan Rana*, viudo.»

En Madrid representó al siguiente año, aunque al principio opuso alguna resistencia que obligó á escribir á su autor Rosa en la lista: «Está indeseado, porque no quiere representar», y lo mismo hizo en 1644.

Pero como á 6 de Octubre falleció la reina Doña Isabel de Borbón, mujer de Felipe IV, cerráronse los corrales; y como no estaba ya el conde-duque en el gobierno y las guerras peninsulares arreciaban, fué dilatándose el abrirlos, hasta que habiendo fallecido también en Zaragoza el 9 de Octubre de 1646 el príncipe Baltasar Carlos, la suspensión temporal se convirtió en definitiva, prohibiéndose en absoluto la representación de comedias.

Este golpe, que arruinó á la vez á cómicos, á poetas dramáticos (que se ordenaron de sacerdotes ó se fueron á la guerra) y á los hospitales que vivían de los teatros, duró hasta el segundo matrimonio del rey con su sobrina Doña Mariana de Austria, en 1649, que motivó un renacimiento del teatro y la celebración de nuevas y más suntuosas fiestas dramáticas en Palacio, la Zarzuela y en el Buen Retiro.

No sabemos lo que habrá sido de *Juan Rana* en tan triste período, en que las privaciones y miseria llevaron al sepulcro á muchos actores, algunos famosos, como se ve por las listas de limosnas que la Cofradía (que á su vez vivía de las del rey, los grandes señores y el pueblo, que en demandas periódicas hacían los desocupados actores) daba á cómicos que poco antes eran adorno de las tablas.

Bien porque Pedro de la Rosa no formase tan pronto nueva compañía ó por otra causa, hallamos á Cosme Pérez en 1650 y 1651 en la de Antonio de Prado; pero desde el de 1656 en que comenzaron los grandes festejos, que llegaron á su apogeo en los de 1657 y 1658 por el nacimiento de los primeros hijos de la reina Mariana, entre ellos el príncipe Felipe Próspero, volvió con su antiguo jefe Pedro de la Rosa.

Quizá lo estaría antes, porque en el Archivo municipal de Madrid hemos hallado una carta de un hijo de José González, conde de Sejero y protector de los teatros que dice: «A *Juan Rana*: 400 reales.—Mi padre me manda diga á Vmd. se sirva despachar su ayuda de costa á Cosme Pérez, alias *Juan Rana*, porque necesita della. Yo suplico

á Vmd. que el despacho sea de manera que sin dilación se le pague, que demás de ser tan debido como Vmd. sabe y ser orden de mi padre suplicarlo así á Vmd., yo entro á la parte en esta súplica. Guarde Dios á Vmd., como deseo. De la posada 5 de Junio de 1652. D. Juan González.—Sr. D. Francisco Sardeneta y Mendoza.» Al año siguiente se le dieron 1.000 reales por ayuda de costa de la misma fiesta del *Corpus*.

También en una de las grandes fiestas del Retiro en 1655 tomó parte, según se ve por la descripción que da en sus *Avisos* D. Jerónimo de Barrionuevo: «Representóse en el Retiro la *Restauración de España*, comedia burlesca. La primera jornada de Monteser, la segunda de Solís, la tercera de D. Diego de Silva, alias el Abad de Salas, hijo de la princesa de Mérito. El gracejo y sainetes de Cáncer... Setenta mujeres fueron las que la representaron, y *Juan Rana* tan solamente hizo el hombre y papel de rey. La Romerilla (Luisa Romero) salió en una haca á decir la loa y en un entremés, donde se recuerda lo que pasa en el Prado aquella noche (de San Juan); entró un cochecillo pequeño en el salón alto, donde se hacía, con cuatro mujeres en él y dos mulas que le tiraban, siendo otra mujer el cochero que le guiaba, subiéndole con una tramoya por las escaleras, como si lo hiciera en una de las calles del Prado» (*Avisos*, de 26 de Junio de 1655.)

Para las fiestas que siguieron, el marqués de Liche, encargado de ellas, descompuso y alteró las compañías de toda España, trayendo las mejores para la corte, donde había á la sazón tres actores: Pedro de la Rosa, Diego Osorio y Francisco García, *el Pupilo*. A la de éste le tocó agregarse á Juan Rana en la distribución que se hizo de tablados públicos (delante de Palacio, en Santa María de la Almudena y en la plaza de la Villa), el 6 de Diciembre de 1657, cuando las fiestas de la salida á Atocha del rey por el nacimiento del príncipe. En una relación de ellas (Alenda, pág. 531) se dice: «Estaba junto á Santa María otro tablado, y en él representando la compañía del *Pupilo* con *Juan Rana*, tan gracioso como suele.»

De lo que hizo en las fiestas de este año y el siguiente en Palacio y en el Retiro hemos dicho harto en las loas de D. Antonio de Solís y en algunos entremeses. Fué su último esfuerzo. Retiróse del teatro, sustituyéndole en su papel en la compañía de Pedro de la Rosa otro célebre gracioso, Antonio de Escamilla, que lo fué muchos años. Sin embargo, en 1659 todavía debió de tra-

bajar en las fiestas del *Corpus*, porque en las cuentas de ellas hay una partida que dice: «Más el vestido de *Juan Rana*, 50 reales», si no entendemos que lo que saldría á escena no sería él, sino una figura que lo representase.

Retirado en su casa propia de la calle de Cantarranas pasó algunos años, durante los que perdió á su hija única y á una sobrina, que acaso por vivir en su compañía se hace mención especial de ella en las cuentas de la Cofradía que hemos visto y hasta en su partida de difunta ¹.

Un pasaje muy curioso, reportado por el Sr. D. Hugo Alberto Rennert (*The Spanish Stage*, pág. 554) de las *Memorias de Lady Fanshawe* (edición de 1905, pág. 189), dice: «El 5 de Enero de 1665, entre las varias diversiones que hemos tenido estas Pascuas, fué la presencia de *Juan Araña* (*sic*), el famoso representante que trabajó aquí durante dos horas con admiración de todos los que le vieron, considerando que tenía cerca de 80 años.»

Reedificábase entonces la capilla que los actores tienen en la iglesia de San Sebastián de esta corte; y aparte de las limosnas que cada compañía daba desde que en 1667, después de la muerte del rey, se volvió á representar, hacían en la Cuaresma demandas y cuestaciones públicas á la puerta de la iglesia y en las casas de los grandes, obteniendo, sobre todo las mujeres, buenas cantidades, como las Romeras, Manuela de Escamilla, la *Grifona*, etc. A Cosme Pérez le encargaron fuese á pedir á Palacio, cosa que él hizo tres años seguidos, en 1666, 1667 y 1668, yendo á presentar su memorial á la reina, quizá porque ella manifestase deseos de verle; pero como no podía ir por sus piernas, lo llevaban en silla de manos. Esto resulta de las partidas de las cuentas que existen de la Cofradía de la Novena, donde se escriben así:

1666. «Más me hago cargo de 150 reales de vellón de la demanda que pidió Cosme Pérez, Martes Santo, á la Reina, nuestra señora; y la misma cantidad los dos años sucesivos. Y en el descargo de Mateo de Godoy:

1666. «Más di 16 reales á los silleros que llevaron á Cosme á Palacio para la demanda.»

¹ «Catalina Ramos, hija de Juan Ramos y sobrina de Cosme Pérez, comediente, calle de Cantarranas, casas de dicho su tío. Murió en primero de Setiembre de 1663. Recibió los Santos Sacramentos. No testó por ser hija de familiar. Enterróle la Cofradía de la Virgen de la Novena, sita en esta Iglesia de San Sebastián. Dió de fábrica tres ducados.» (*Archivo parroquial de San Sebastián, folio 116 vuelto del tomo de dicho año.*)

1667. «Más á los silleros que llevaron á Cosme Pérez á Palacio para la demanda, 13 reales.

1668. «Más á los silleros que llevaron á Cosme Pérez á dar el memorial á la Reina, nuestra señora, para la limosna, 14 reales.» (*Arch. de la Cofr.*, leg. 3.º, carp. 27).

Pero en este mismo año recibió un testimonio extraordinario del aprecio en que se le tenía, así por la corte y caballeros como por el pueblo. El cronista anónimo (Ms. de la Bib. Nac., 12.918), que supo algo de esto, escribió: «Estuvo retirado mucho tiempo por la edad; y por orden de los reyes salió en una fiesta del Retiro, el año (*en blanco*), y le sacaron en un carro».

Lo que hubo fué que en la representación de la comedia calderoniana *Fieras afe-mina amor*, se ejecutó también el entremés titulado *El triunfo de Juan Rana*, todo á los años de la Reina madre (22 Julio) en el Retiro. El tal entremés constituye una verdadera apoteosis cómica de Cosme Pérez. Escamilla, gracioso, aparece gritando como en *La vida es sueño*: «Hipócrifo violento», aunque es un pollino el que le arroja al suelo, y añade viene á ver una cosa extraordinaria, grandiosa, estupenda. En esto: «Tocan cajas y trompetas y sale *Juan Rana* en un carro triunfal con mucho acompañamiento y delante dos hombres, el uno con el *sayo* y el otro con la *vara*», y dicen:

3.º ¡Viva Juan Rana!
4.º ¡Viva sin desvelo!...
1.º ¿Juan Rana dicen?
ESCAM. Sí; que hoy victorioso
le coronan por máximo gracioso.

Siguen los aplausos, y dice el 4.º:

Pues en su casa vive retirado
negando aclamaciones al tablado,
hoy en su estatua triunfe engrandecido.

RANA. ¿De suerte que aunque había presumido
que era yo el que venía con tanto estruendo,
soy mi estatua y no yo? Ya, ya lo entiendo.

Siguen hablando con él, como si fuera estatua. El interviene de cuando en cuando, ponderando la pena que «Cosme» tendrá de no saber estos obsequios, y una vez exclama:

¡Si yo estuviera aquí, cuánto me holgara!

Llega un hombre pidiendo la estatua de parte de la Fama porque

quiere luego colocarla
en su templo, donde tienen
comida y casa pagada
todos los hombres insignes.

Una mujer, en nombre de las nueve hermanas del Parnaso, viene también por la es-

tatua. Pero un soldado dice que el rey manda no salga, porque quiere colocarla en el Retiro sobre una fuente. Aparece la fuente. Fingen ponerle sobre ella con gran tiento y surgen ninfas de la fuente, que dicen le van á bailar el agua delante.

Sale Manuela de Escamilla diciendo es el alma de Juan Rana,

que este sayo, este cincho y esta vara
fueron siempre el alma
de su buen humor,

y que viene á bailar en su nombre, para festejar á la reina, y canta, en efecto, acabando así:

Que saquen á vista
de nuestro rey hoy
el grande Juan Rana
no es admiración,
no, no, no;
que como es tan viejo
le sacan al sol.

Quizá querría verle Carlos II. Esta fué la última función en que tomó parte, y aun sin moverse casi, y hablando muy poco.

Entre burlas y veras este grande é inusitado obsequio revela lo inmenso de su fama, y hasta encierra algo de tiernamente delicado el suponer que no es él en persona, sino su estatua, quien presencia el triunfo, supuesto el menguado concepto que los actores gozaban entonces.

De suponer es que tranquilamente pasase los cuatro años que aun sobrevivió á su apoteosis. En la parroquia de San Sebastián hemos hallado su partida de difunto, que dice: «*Cosme Pérez*, calle de Cantarranas, casas propias. Murió en veinte de Abril de setenta y dos. Recibió los Santos Sacramentos. Testó ante Roque Quevedo, en nueve de Julio del año pasado de setenta. Deja tres mil cuatrocientas misas. Dejó testamentarios al P. Ministro que es ó fuere de los Trinitarios, y á Pedro Serrano, boticario en la calle de León, y Alonso Prieto, en el corral de las comedias. Enterróse en dicho convento. Dió de fábrica cien reales.

(*Al margen*): Visado y cumplido en 29 de Noviembre de 1672.» (*Libros parroquiales, folio 569 de dicho año.*)

Pero en el archivo de protocolos no hemos podido hallar su testamento. Ni escrituras, ni siquiera el nombre de Roque de Quevedo existe en aquel depósito.

Para completar esta biografía nos falta recoger algunos testimonios de su fama. El biógrafo anónimo ya citado (Ms. de la Biblioteca Nacional), le llama: «Célebre gracioso que excedió á todos los de su tiempo. Sólo con salir á las tablas, y sin hablar, provocaba á risa y al aplauso.

»Fué hombre ejemplar de vida; y cuando estaba enojado con alguno, no le llamaba por su nombre. Estábalo en una ocasión con Pedro de la Rosa, y para nombrarle repetía muchas veces: «—Aquél que huele», aludiendo sin duda á lo de *rosa*».

En el entremés de *Los volatines*, de don Antonio de Solís, dice hablando de él su compañera Bernarda Ramírez ¹:

Ya sabéis que en los carteles,
para juntar mucho pueblo,
ponían que con *Juan Rana*
servía un autor, y luego
acabada esta comedia
esotro ponía lo mismo.
Ofendido, pues, de verse
nunca suyo y siempre ajeno,
me dijo: «Adiós, mujer mía:
no más autores; ¡jarredo!»
Si él falta de la comedia
ya se ve lo que perdemos;
y así, para castigarle
de la ausencia y de su intento...
Venid, no nos vea, presto,
que yo haré quiera comedias
ó han de andar mal los dedos.

Algo después le pregunta un amigo:

GODOY. ¿Por qué huisteis mujer y amigos fieles?
COSME. Por andarme poniendo en los carteles,
diciendo, con mi gana ó sin mi gana:
«Mañana sirvo á ustedes con *Juan Rana*»
Y habiéndome ausentado día y medio
parece que esto ya tendrá remedio.

El remedio fué que le anuncian como *volatin*, cosa que se supone peta mucho al público, así como á él le llena de terror.

Aunque el nombre que le dió fama provino de los alcaldes bobos que había, á que aludió él mismo, diciendo en el entremés de Benavente *El guarda infante*:

Señora Mosquetería,
escuchá á vuestro *Juan Rana*.
Yo ¿no so *alcalde* perpetuo?
vos ¿no me distes la vara?;

y en la *Loa con que empezó Lorenzo Hurtado* (pág. 501 de este tomo), dice su compañero Bernardo de Medrano al suponer que hace testamento:

Mando á *Juan Rana* los simples
y los *alcaldes* perpetuos,

era hombre de mucho mayores habilidades,

¹ Carece de todo fundamento la especie lanzada por Fernández-Guerra en su *Alarcón* (p. 370), de que Cosme Pérez estuvo casado con esta Bernarda Ramírez, á la que también con error llama Bernarda *Manuela*; especie repetida por S. Arjona (*An.*, p. 330) y aun por Rennert (*The Sp. St.*, página 554). El llamar *mujer* Cosme á Bernarda, es con relación al teatro, donde, siendo él *gracioso* y *graciosa* ella, eran con frecuencia marido y mujer. Cosme murió viudo, como vivió desde 1632, y Bernarda Ramírez sólo tuvo por maridos á Bartolomé de Robles, que falleció en Nápoles en 1646 y á Sebastián de Prado, que la sobrevivió muchos años.

como se demuestra en los pasajes siguientes:
Aludiendo á la multitud de papeles y personajes que tenía que representar, exclamaba en una ocasión (pág. 585 de este tomo):

¡Juro á Dios que soy *Juan Rana!*
Sino que me desatina
el mundo dándome nombres
con que el mío se me olvida.

En el entremés del *Remediador* (número 256) donde se finge médico, dice hablando de su nombre:

Rana es muy castellano;
y así, me pienso llamar
Ranet, con que haré más ruido
que en Madrid faltando pan.

Insistiendo en los diversos papeles que venía haciendo y en la repetición forzosa de ciertas situaciones y chistes, decía en el baile de *Al cabo de los bailes mil* (núm. 538):

De *alcalde* vine á *doctor*¹,
y el demonio, que es sutil,
hizo con este principio
que muchos tuvieron fin.
Pasé á *poeta de bailes*²,
y queriendo hacer reír,
no hallé chanza que no hubiera
servido en otro festín.
Luego me hice *letrado*³,
la barba hasta el cenogil,
donde por lo que abogué
á bogar pudiera ir;
y así mi mosquetería
vuelvo *alcalde* á concurrir,
donde, con mis boberías
sentencias suelo decir.

En el entremés de Quiñones de Benavente de *Pipote en nombre de Juan Rana* (núm. 300), dice

SALV. Pues para todo ensillado,
Cosme, á quien confirmó la turba humana,
espléndido banquete adonde sirves
platos á varias gentes
todos de *Rana* y todos diferentes;
cosquillas generales
que las hacen en todos los corrales...
Simple discreto, que por tu donaire
mereciste que fueses
perpetuo *alcalde* de los entremeses;
dando al vulgo sentencias avisadas,
á veces truecas por tus *alcaldadas*.
Rana que con graciosos ademanes
quitas el gusto á más de dos *faisanes*,
que con tu risa falsa,
para hacerte ¿qué buscas salsa?

Prueba de lo estimado que era en Palacio, es lo que dice en el entremés de Avellaneda *La portería de las damas*, donde supone el poeta que habiendo Cosme perdido la

¹ Alude al entremés del *Doctor Juan Rana*.

² Título de uno en que el gracioso es un *poeta* que escribe *bailes*.

³ Es *letrado* el gracioso *Cosme* en la *Segunda parte del poeta de bailes*.

memoria, su autor Pedro de la Rosa le quita los papeles, aunque le busca un destino de mozo en la portería de las damas de Palacio. Cuando se lo hacen saber, exclama:

Pésame, por la reina, mi señora,
porque mi muerte apostaré que llora,
acompañando el llanto de la infanta,
que las dos llorarán cual una santa.
¿Qué ha de hacer la infántica
sin su *Juan Rana*? ¡Ay, bella chocotica!
y al rey, aunque lo encubre con el guante,
¿quién le ha de hacer reír de aquí adelante?
— ¡Adiós, damas queridas de mis ojos!
¡adiós, mis dueñas y demás despojos!
Que aunque no ha delinquido,
á Cosme de palacio han despedido.

El biógrafo anónimo de la Biblioteca Nacional cuenta que con su influjo pudo salvar la vida de su sobrina Bárbara Coronel¹, condenada á muerte por haberla dado en connivencia con el amante á su marido.

El ilustrísimo Caramuel refiere de Cosme Pérez una anécdota, que á la vez que demuestra la agudeza del cómico, también prueba lo bien recibido que era todo lo que decía. «En Madrid, el salón del palacio llamado el Buen Retiro, donde se representan las comedias, tiene alrededor algunas ventanas ó balcones que corresponden á los aposentos donde se sientan los grandes cuando hay comedias. En cierto entremés en que *Juan Rana*, el gracioso más vivo que hubo en España, haciendo papel de *alcalde* de aquel palacio, introdujo dos forasteros á quienes mostró todo lo que había digno de verse en él. Y cuando llegó á mostrarles el teatro, colgado de tapicerías y preciosas pinturas entre las ventanas ó balcones, les dijo: *Este es el salón donde se canta y representan las comedias: el Rey y la Reina se sientan allí; aquí, los infantes; los grandes, en aquella parte*. Y volviéndose á mirar las ventanas, donde había dos señoras de la primera nobleza, les dijo: *Contemplad aquellas pinturas: qué bien y qué al vivo están pintadas aquellas dos viejas: no les falta más que la voz, y si hablasen creería yo que estaban vivas; porque, con efecto, el arte de la pintura ha llegado á lo sumo en nuestro tiempo*. Esto dijo, porque las españolas se untan las caras, y se las pintan con varios ingredientes y menjurjes; y así, con razón, aseguró *Juan Rana* que aquellas dos señoras

¹ El parentesco sería por la madre de Bárbara, hija de Agustín Coronel y de una María á quien siempre le designa por el apellido de su marido. Nació Bárbara en 1632 y empezó á representar á los once años en Madrid, en 1643, en compañía de su tío en la de Pedro de la Rosa. Fué actriz de mérito y fama. Era muy hombruna y quizá por eso se convirtió en *autora de compañías*, siéndolo aún en 1676 en Valencia.

ras grandes eran dos propisimas pinturas¹.

Los entremeses escritos para él *ex profeso*, aparte de otros muchos en que figura su nombre, fueron: *El alcalde de Alcorcón*, *El Ayo*, *La boda de Juan Rana* (Avellaneda), *El Casamentero*, *El Doctor Juan Rana* (Quiñones), *Los dos Juan Rana*, *El fenix Juan Rana*, *Juan Rana en el Prado*, *Juan Rana casado*, *Juan Rana comilón*, *Juan Rana mujer* (Cáncer), *El infierno de Juan Rana*, *El guardainfante* (dos partes); *El hidalgo*, *Juan Rana enamorado*, *Las fiestas del aldea* (Quirós), *La loa de Juan Rana* (Moreto),

¹ CARAMUEL: *Primus calamus*, p. 797 (Trad. de Pellicer).

Los locos, *Juan Rana poeta* (Solís), *El maestro de armas*, *Los muertos vivos* (Quiñones), *El niño caballero* (Solís), *Pipote con nombre de Juan Rana* (Quiñones), *El retrato de Juan Rana* (Villaviciosa), *El Remediador* (Quiñones), *El parto de Juan Rana*, *El retrato de Juan Rana* (Solís, distinto del de Villaviciosa), *La portería de las damas* (Avellaneda), *El soldado* (Quiñones), *Los sitios de recreación del rey* (Calderón); *El desafío de Juan Rana* (dos entremeses), *El triunfo de Juan Rana*, *El toreador*, *El saltabanco* (Solís), *Una rana hace ciento* (Belmonte), *La visita de la cárcel*, *El ventero*, *Entremés de Villalpando* (Calderón), *La visita de la cárcel* (otra de Cáncer), *Las visiones*, *Los volatines* (Solís).